

Primero examinaremos los datos.

Los tres sinópticos mencionan a Juan Bautista en la controversia de Jesús con los jefes del Templo por la acción profética de aquél. La formulación es muy parecida pero sin querer sutilizar demasiado parece que Lucas insiste en que el pueblo tenía a Juan como uno que “había sido profeta,” es la opinión del pueblo, el recuerdo que queda de él como algo del pasado (y así es, pues para entonces Juan ya estaba a muerto).

Mateo y Lucas tienen en común además un largo párrafo con ocasión de la pregunta de Juan Bautista. Este párrafo incluye el dicho sobre la grandeza de Juan y su relación con la grandeza del menor en el reino. Lucas también tiene en este párrafo el dicho sobre la conversión de los recaudadores en contraposición con la no conversión de los fariseos y legistas. Mateo le da más relieve pues la sitúa en las controversias en Jerusalén como continuación/aplicación de la parábola de los dos hijos.

En cambio un dicho que expresa la relación entre el antiguo y el Nuevo Testamento está tratado por separado. Mateo lo incluye aquí como una parte del elogio y sus derivaciones. Lucas por su parte lo sitúa en un contexto completamente diferente. Y ello le da una tonalidad y una fuerza mucho mayor. Veamos los textos:

- “Los profetas y la Ley han profetizado hasta (que vino) Juan” Mt 11,13
- “La Ley y los profetas (llegan) hasta Juan” Lc 16,16a

El añadido “que vino” en el texto de Mateo puede hacer pensar que Juan ya no pertenece a ese tiempo, pero no está en el texto es una adición interpretativa que decanta de un lado concreto algo que no está claro en el original. Creo que en Lucas el corte es más claro sobre todo si no se añade el “llegan” que también es interpretación. La continuación aclara, en mi opinión, que para Mateo Juan ya no está junto con los profetas sino con el Mesías como Elías. En cambio el contexto de Lucas: “desde entonces se evangeliza el reino de Dios”, lo separa de él.

Es separación afecta a la redacción de otros dos fragmentos del evangelio. El primero es la muerte del Bautista. Marcos y Mateo destacan el proceso de su muerte: su prisión, la relativa protección de Herodes sobre su vida (y sus audiencias) según Mc., y la ocasión y proceso de su muerte. Una narración bastante extendida que incluso en el normalmente conciso Mateo ocupa 12 versículos. Lucas no tiene nada de ello. Se limita a constatar su muerte. Herodes se enteró porque “por parte de algunos se decía que había resucitado... a Juan le corté yo la cabeza.” No es ignorancia de parte de Lucas, la precisión “le corté yo la cabeza” lo muestra claramente. Simplemente no quiere decirlo.

Pero donde llega al extremo esa intención de evitar en cuanto sea posible la mención de Juan el Bautista durante el evangelio de la vida pública es en la narración del bautismo. Lucas concede a Juan un último espacio como de despedida en el resumen de su predicación al comienzo del capítulo tercero (3,2b-18). Sorprendentemente y antes de que entre en escena Jesús Lucas nos adelanta la noticia del encarcelamiento de Juan: “El tetrarca Herodes, a quien Juan reprendía por el asunto de Herodías, esposa de su hermano, y por todas las maldades que había hecho, añadió a todas ellas la de encerrar a Juan en la cárcel”. ¿Y el bautismo? La solución otra vez está en la pasiva: “cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado” (3,21). Pero aparte

de bromas gramaticales ¿qué quiere decir esto?

Si lo ponemos en relación con los datos apuntados antes sobre la presencia de Juan Bautista en el evangelio de Lucas, deberemos concluir que Lucas no quiere decir que Juan bautizó a Jesús.

Lucas sabe de sobra que fue así. Su espíritu de historiador no le permite decir que fue otra persona (ese interés por la exactitud se ve en esa misma frase cuando llama a Herodes, correctamente, *tetrarca* y no rey). Pero Lucas es maestro en no decir lo que no quiere. Pongamos dos ejemplos tomados de la narración de la Pasión: Lucas no dice que Judas besó a Jesús para entregarlo, no lo puede negar, pero no lo dice, se limita a una intención: “se acercó a besar”, sin afirmar que lo hizo (ni negarlo); tampoco dice que Pilato hiciera azotar a Jesús, se limita a hacerle afirmar dos veces que: *“así que le daré un escarmiento y lo soltaré”* (23,16.22), así lo insinúa sin decirlo. Eso es lo que tenemos en la escena del bautismo, no decir lo que no quiere.

Y llegamos al punto culminante, ¿por qué no quiere decir Lucas que Jesús fue bautizado por Juan? ¿por qué esa reticencia en nombrarlo o darle protagonismo durante la vida pública?

Porque Juan el Bautista y Jesús pertenecen a dos épocas distintas y por eso mismo no pueden encontrarse. Son contemporáneos pero no son de la misma época (del mismo “eón”). Poniendo un ejemplo deportivo, pertenecen a la misma carrera, pero son distinto relevo. Juan termina el Antiguo Testamento, Jesús comienza el Nuevo. Por esa misma razón María ha de marcharse a casa antes del nacimiento de Juan (1,56), precisamente en el momento en que su ayuda debería ser más necesaria. Por eso hay que adelantar la noticia de que Juan se va a habitar en los desiertos antes de que nazca Jesús.

La figura de Juan el Bautista aparece así como el final del Antiguo Testamento justo en el empalme con el Nuevo. Juan es fusión y fisura entre los dos Testamentos. Los une y a la vez deja una marca que indica la separación.

La historia de José, una obra maestra de la literatura antigua que es Palabra de Dios

Rev. Aragón. Teol. 44 (2016)

Santiago Osácar Jiménez

1. Introducción

El magisterio reciente nos enseña cómo leemos la biblia los católicos en un documento titulado “La Interpretación de la Biblia en la Iglesia”¹. En él se nos recuerdan las enseñanzas de la DV 12, referentes a la distinción de los géneros literarios, a la importancia de determinar la intención del autor atendiendo a factores históricos o culturales y al modo correcto de entender los modos de pensamiento y expresión de épocas tan remotas.

Para ello será necesario recurrir a diversas ciencias y métodos exegéticos, a la historia de las formas, al método histórico-crítico... Pero, debo reconocer que, cuando me he planteado abordar la Sagrada Escritura desde esta perspectiva, he tenido siempre la sensación de estar perdiendo algo muy importante: el encuentro ingenuo y gozoso del lector con unos relatos que son, en primer lugar, bellísimas y conmovedoras obras literarias.

Creo que el primer nivel de acercamiento a los textos bíblicos, debería ser una lectura libre de prejuicios; creo que hay que volver a ser como niños (Cf. Lc 18, 16) y disfrutar infantilmente de estos relatos maravillosos para entender “los secretos del reino de los cielos” (Cf. Lc 10,21). Dios no habla como un teólogo, sino como un “cuentacuentos” porque sabe que los hombres olvidamos los sermones de los curas y los argumentos abstractos de los filósofos... pero hay cuentos, canciones, refranes y relatos que quizá escuchamos sin prejuicios cientificistas en la infancia y que recordaremos para siempre.

La historia de José es uno de ellos.

En primer lugar haremos un acercamiento al texto como narración, como obra literaria; después atenderemos a los resultados de la exégesis moderna para ver cómo en este tramo del génesis son particularmente visibles los estratos de redacción y la conjunción o yuxtaposición de distintas fuentes o tradiciones. Por último, como cumbre de nuestro estudio, recordaremos que si el relato de José nos interesa es, principalmente,

¹ Pontificia Comisión Bíblica, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, PPC, Madrid, 1993

por ser Palabra de Dios... que anticipa y prefigura –a veces de modo sorprendente– a la Palabra definitiva que es Cristo.

2. La historia de José, como obra literaria

La historia de José, quizá la primera “novela” de la Historia de la literatura universal, abarca incluyéndolos desde el capítulo 37 al 50 del Génesis. Me refiero a estos catorce capítulos como “historia” y no como “ciclo” –a pesar de que es el término que utilizan la mayoría de las biblias consultadas– porque en nada recuerda a otros ciclos como el de Abraham, el de Jacob, el de Elías o los de Pedro y Pablo en los Hechos. Los ciclos reúnen relatos cortos sobre un mismo personaje, cada uno de los cuales funciona como unidad literaria de modo que el relato avanza por secuenciación temporal de sucesos y no por desarrollo de una trama. Las páginas que conforman nuestra narración, por el contrario, pueden definirse como una novela en el sentido moderno de la palabra, con un planteamiento conflictivo entrelazado con unas promesas misteriosas (sueños), una trama argumental compleja pero coherente y que avanza en interés creciente hacia un desenlace brillante que resuelve el conflicto inicial y las promesas de los sueños. Un relato con estudio psicológico de los personajes, donde los sentimientos y las emociones juegan un papel decisivo.

A. Sinopsis del relato por capítulos bíblicos

Gn 37 De Canaán a Egipto

–José tiene 17 años; es el favorito de Jacob, su padre que le regala una túnica para envidia de sus hermanos. José tiene dos sueños que parecen delirios de grandeza y agudizan el rencor de sus hermanos que traman su muerte... (Resulta incoherente el modo en que primero Judá y luego Rubén interceden por José, como si el redactor quisiera exculparlos) Finalmente deciden venderlo a unos mercaderes que lo llevan a Egipto donde es vendido como esclavo. (Se habla de unos mercaderes madianitas primero y después ismaelitas, lo que introduce confusión en el relato.)

Los hermanos cuentan a Jacob cómo una fiera ha matado a José.

(Gn 38 Historia de Judá y Tamar) Interrumpe el relato que se reanuda en Gn 39.

Gn 39 En casa de Putifar

–José entra al servicio de Putifar, ministro del faraón, se gana la confianza de su amo y llega a ser administrador de su hacienda. José rechaza las proposiciones amorosas de la esposa de Putifar y esta, despechada, acusa a José de intento de violación. José es encarcelado en la cárcel de la corte. (algunas incoherencias del texto llevan a pensar que Putifar sea funcionario de prisiones y su casa sea aneja a la cárcel de palacio.)

José se gana el afecto de presos y carceleros que lo designan gerente de la prisión.

Gn 40 En la cárcel

José interpreta acertadamente los sueños del panadero y del copero real, encarcelados con él. Tal como predice el uno es ajusticiado y el otro reintegrado en el servicio de Faraón.

Gn 41 De presidiario a Primer ministro

Faraón tiene dos sueños perturbadores, el de las vacas gordas y las vacas flacas y el sueño de las espigas; ninguno de los sabios y adivinos reales resulta capaz de interpretarlos. Entonces el copero real recuerda a José y habla de él a Faraón quien lo manda llamar.

José (con 30 años) es llevado ante Faraón; interpreta los sueños como aviso de una gran hambruna y recomienda medidas para combatirla. Faraón nombra a José primer ministro de Egipto para que administre todo el imperio. José se casa con una egipcia que le da dos hijos: Manasés y Efraím.

Gn 42 Primer encuentro con sus hermanos

Comienza la gran hambruna pero en Egipto José ha mandado ahorrar y almacenar trigo durante los siete años anteriores de buenas cosechas ("de vacas gordas"). Los pueblos vecinos bajan a Egipto a comprar el grano que administra y cobra José, entre ellos los hijos de Jacob quienes comparecen ante el primer ministro sin reconocerlo. José se conmueve interiormente pero no se da a conocer; incluso utiliza un intérprete por lo que sus hermanos no saben que entiende su conversación.

Los hermanos narran al visir José la historia de su anciano padre Jacob y de su hermano pequeño Benjamín que se ha quedado con él, pero José finge no creerlos y los acusa de espías. Toma como rehén a Simeón; sólo si regresan con el pequeño Benjamín creará su historia y liberará a Simeón.

Los hermanos lo interpretan como un castigo por su mal comportamiento con José que, emocionado al ver en sus hermanos un principio de remordimiento por lo que hicieron, llora a escondidas.

Gn 43 Segundo encuentro

Se agota el grano en el campamento de Jacob y los hermanos vuelven a Egipto con Benjamín pese a la oposición del padre, que recuerda cómo perdió a su querido José... Pero Rubén primero y luego Judá (de un modo confuso que recuerda a Gn 37) salen fiadores de Benjamín. Judá promete responder con su vida de la vida de Benjamín.

Ya en Egipto, José agasaja con una gran comida a sus hermanos y, a escondidas pues no se ha dado a conocer, llora conmovido al ver a su querido hermano Benjamín.

Gn 44 La copa escondida

Los hermanos toman un nuevo cargamento de trigo y parten hacia Canaán sin saber que José ha escondido una copa de plata en el saco de Benjamín. La guardia real encuentra la copa en un registro y todos los hermanos son llevados ante José. El visir dicta sentencia: Benjamín quedará prisionero acusado de hurto. Los demás pueden regresar en paz a su casa...

Pero sucede lo inesperado: Judá se ofrece a cambio de Benjamín. No quiere dar a su padre Jacob un disgusto como el de la pérdida de José. Los años de reflexión y las últimas experiencias lo han cambiado. Ya no es el hombre envidioso que vende a su hermano, sino el hombre generoso que se ofrece a cambio de su hermano.

Gn 45 ¡Yo soy José! ¿Vive aún mi padre?

La generosidad de Judá derrumba la aparente dureza de José que por fin se da a conocer y abraza a sus hermanos en una escena que es el punto culminante del relato. José perdona a sus hermanos y ve en lo sucedido la mano poderosa de Dios que guía los acontecimientos para bien de todos.

“No os preocupéis ni os pese haberme vendido” –les dice José– “para vuestro bien me envió Dios delante de vosotros. Dios me envió por delante para que podáis sobrevivir, salvando vuestras vidas de modo admirable.” (Gn 45, 5-8)

Faraón conoce lo sucedido y ofrece su carroza para que Jacob, y todo su clan puedan trasladarse a Egipto huyendo así del hambre.

A partir de este momento el relato pierde brío e interés, pues verdaderamente ha terminado como narración brillante. Desde 46, 1 hasta 50, 14 se alternan sucesos de poco interés con fragmentos redundantes o que provienen de otras fuentes y que no encajan bien con el relato anterior, pese a que se detectan intentos de armonizar el conjunto dando lugar a un epílogo prolongado y “aburrido.”

Gn 46, 1-7: Israel y su clan se establecen en Egipto. Gn 47: Audiencia ante Faraón y Política agraria de José. Gn 47, 1-27: Jacob y su clan se establecen en Egipto. Gn 47, 27-31: Testamento de Jacob/Israel y “1ª” muerte de Israel. Gn 48: Israel bendice a Efraím y Manasés. Gn 49: Bendiciones y “2ª” muerte de Jacob.

Gn 50, 1-14: Con las exequias de Jacob y el Cortejo fúnebre que lleva su cuerpo a Canaán se recupera en parte el brillo del relato. Pero es en el epílogo (Gn 50, 15-26) cuando el discurso de José antes de su muerte nos da las claves narrativas y teológicas para entender cómo todo el periplo vital de José ha servido para que las promesas hechas a Abraham lleguen a cumplimiento y se posibilite la gran historia de la salvación que va a comenzar a la vuelta de la página, ya en el libro del Éxodo. José muere y es embalsamado. Sus palabras quedan vibrando como una promesa y su momia parece esperar con anhelo el regreso a casa, a Siquem, de donde salió con 17 años...

B. José, una historia dentro de la historia

En efecto el mal llamado "ciclo" de José no es una historia aislada; se inserta en el libro del Génesis como continuación del ciclo de Jacob y como pasaje previo al éxodo. Hay muchas razones para decir que su inclusión resulta muy forzada; no sólo estilísticas, teológicas o de lenguaje, sino también por la forma abrupta en que comienza Gn 37, 1:

"Esta es la historia de Jacob. José tenía diecisiete años y era el preferido de Jacob"

Todos los estudiosos ven aquí un corte redaccional que indica la inserción de un material literario previamente confeccionado. Pero también puede entenderse como un aviso del redactor final que nos recuerda que la de José es sólo una parte del más amplio relato de Jacob-Israel. No hay duda de que el relato de José ha sido redactado de modo independiente del ciclo de Jacob, como unidad literaria autónoma... y sin embargo, encaja admirablemente en la secuencia de hechos luctuosos que jalonan la vida de Jacob resolviendo, además, toda la problemática de estos capítulos del Génesis.

En efecto, hay una tensión creciente en la biografía de Jacob desde que éste y su hermano Esaú se pelean en el seno de Rebeca, anunciando la compraventa de la primogenitura y el engaño del padre ciego. Jacob huye de Esaú con el pretexto de buscar esposa en la tierra de sus antepasados, pero también allí se encadenan fraudes y engaños. Desde su matrimonio con Lía y Raquel, las malas relaciones con su yerno Labán van en aumento (Gn 31) hasta que con argucias y engaños le arrebatara considerables riquezas. Después, la rivalidad y competencia en fertilidad de sus esposas (Gn 29-30) (en la que todo vale, hasta utilizar a las siervas respectivas...) aumenta el creciente desasosiego de Israel. Los doce hijos de Jacob no traen paz al patriarca, como si fuesen herederos de esta tensión que pesa sobre Jacob y que se refleja en la venganza desproporcionada por la violación de su hermana Dina (Gn 34), en el incesto de Rubén (Gn 35) o en el matrimonio irregular de Judá y Tamar... ya insertado en la historia de José. (Gn 38)

Hay un germen de violencia y de maldad creciente que pesa sobre el recién nacido pueblo de Israel y que parece llevarlo a la ruina y la autodestrucción (figura del pecado original) y que sólo se disipa y llega a un desenlace feliz en el relato de José, en concreto en la escena del perdón. José salva de la autodestrucción y de la maldad a los hijos de Israel. La historia del pueblo de Dios puede comenzar... o continuar, como de hecho lo hace en el libro del Éxodo. Pero esto sólo se aprecia en una lectura continuada. La intención del redactor final es evidente en este sentido. Por eso me parece que la lectura "ingenua" o literaria, atendiendo principalmente a lo narrativo, es tan importante para una correcta exégesis como el posterior estudio científico. Es más, el estudio científico, que se empeña en detectar unidades redaccionales primitivas, jamás podrá entender el valor que la Biblia le ha dado a la historia de José, un valor de alcance universal, al encajarla al final del Génesis.

La historia de José y sus hermanos habría sido incluida en la de Jacob, pues las promesas de Dios se realizan en sus descendientes que darán lugar a las doce tribus. El epílogo Gn 50, 15-26 en el que se narra el final de los días de José, podría ser un

añadido del redactor final para reforzar el sentido teológico que da unidad al ciclo de los patriarcas pues retoma la Promesa de una tierra:

“Yo muero pero Dios se ocupará sin falta de vosotros y os hará subir de este país al país que juró a Abraham a Isaac y a Jacob. José hizo jurar a los hijos de Israel diciendo ‘Dios os visitará sin falta, y entonces os llevaréis mis huesos de aquí.’” (Cf Gn 50, 15-26)

Esta línea de continuidad narrativa prosigue en el éxodo y en la conquista de la tierra prometida, hasta que José (sus restos mortales) vuelven Siquem, a la tierra de la que partió vendido como esclavo y donde por fin descansa en paz.

“Moisés tomó consigo los huesos de José (Ex 13, 19) que los hijos de Israel habían subido de Egipto, y fueron sepultados en Siquem, en la parcela de campo que había comprado Jacob a los hijos de Jamor, padre de Siquem, por cien pesos.” (Jos 24, 32)

En efecto, puede decirse que, en cierto modo, es en este pasaje del libro de Josué cuando concluye la historia de José... Pero la Biblia, que se relee y se reinterpreta a sí misma en los salmos, va a entender a José como un eslabón decisivo de la historia del pueblo elegido, ampliando así el marco narrativo en el que se encuadra nuestro personaje. El salmo 105 repasa en 45 versículos el periplo existencial del pueblo de Israel, desde Abraham hasta la entrada en la tierra prometida. Ocho de estos versículos compendian la historia de José, dándole más espacio que a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob.

Y ya en el Nuevo Testamento el protomártir Esteban, en el discurso ante el sanedrín que le cuesta la vida (Hch 7, 9-17) hace también un repaso de la Historia de la Salvación que culminará no ya en la conquista de la tierra, sino en la resurrección de Cristo. Este compendio de Abraham a Jesucristo se desarrolla en 53 versículos, 8 de los cuales se dedican a José, llevando el análisis literario o narrativo hasta los umbrales de lo teológico... umbrales que, de momento, no traspasaremos.

3. La historia de José como literatura antigua

A. Prehistoria del relato

En la lectura de esta historia tan bien narrada sorprende tropezar no pocas veces con repeticiones o contradicciones. Aparecen muy pronto, cuando José ha sido arrojado al pozo, como si el redactor quisiera exculpar a Rubén o dudase acerca del origen de los mercaderes que se lo llevan... La Hipótesis documentaria de Wellhausen da una respuesta bastante satisfactoria a estas irregularidades, incoherencias o reiteraciones tan propias del antiguo Testamento, y muy presentes en el relato de José.

La historia de José se habría transmitido por vía oral y de modo diferente en el reino del Sur (tradición yahvista) y en el reino del Norte (tradición elohísta). Esas dos formas de tradición oral se habrían puesto por escrito de modo independiente dando lugar a las fuentes o documentos “J” y “E” hasta que un redactor final las reunió dando al relato su configuración actual.

En general predomina como texto base el yavista (J) sobre el que se han ido añadiendo fragmentos procedentes del texto elohista (E). En algunos tramos la distinción de las dos fuentes parece clara, en otros pasajes no tanto:

"1. Las maquinaciones llevadas a cabo por los hijos de Israel (J) o de Jacob (E) contra José, que es defendido por Judá (J) o Rubén (E) y es vendido a los ismaelitas (J) o llevado por los madianitas (E).

2. El primer periodo de José en Egipto como esclavo de un egipcio anónimo que le encarcela cuando es denunciado por su mujer (J) o como esclavo de Putifar, el jefe de la guardia, que le encarga de los prisioneros (E)"²... Afirmaciones semejantes se ofrecen para el resto de la narración, aunque se reconoce que sólo hay criterios claros de diferenciación en algunos tramos de la misma.

Pero las tradiciones literarias acerca de José podrían ser mucho más antiguas fuera del contexto de Israel:

Algunos autores³ vinculan nuestro relato con dos tradiciones extraisraelitas: el que llaman "Cuento de los hermanos" y el que denominan "Cuento egipcio."

El de los hermanos sería un cuento de origen palestino de ambientación nómada y pastoril.

El cuento egipcio estaría ambientado en las hambrunas que aparecen como contexto de varias narraciones en el llamado papiro de Westcar. La historia de un sabio de origen desconocido que es hallado en la cárcel y resuelve enigmas que los magos cortesanos no acaban de comprender, está evidentemente relacionada con el relato bíblico. Pero la principal aportación de este sabio ajeno a la corte sería su prudencia como administrador que salva de la escasez al pueblo.⁴

Estos dos cuentos existen de forma independiente todavía en el X a. de C. La reunión de ambos en un solo relato —en estas fechas tan tempranas transmitido únicamente por tradición oral— sería posible sólo concretándose en torno a la figura del José histórico e integrándose en el ciclo de Jacob.

B. El género literario

Hay división de opiniones a la hora de determinar el género literario de esta bella composición. ¿Es el relato de la aventura extraordinaria vivida por un semita llamado José tal como da a entender J. Vergote? ¿Es, por el contrario, un cuento enriquecido con algunas pinceladas históricas, como piensa Donald B. Redford? Entre estos dos géneros literarios, el relato fiel y el cuento, queda lugar para la novela histórica auténtica o la "gesta." Tal es la pista de investigación que señaló el padre de Vaux siguiendo a von Rad.⁵

2 de Vaux, R., en VVAA *Personajes del Antiguo Testamento*, Verbo divino, Estella, 1998, p. 73

3 Schulte H., en Michaud R., *La historia de José*, Verbo divino, Estella, 1981, pp. 15-16

4 Michaud R., *La historia de José*, Verbo divino, Estella, 1981, pp. 127-130

5 Von Rad, G., *El libro del Génesis*, Sígueme, Salamanca, 1977, p. 16

Pierre Guibert prefiere el término “saga,” palabra de origen noruego que designa un “relato cuyo fondo histórico se ha ido enriqueciendo durante el tiempo con elementos más o menos míticos e imaginarios.”⁶

En efecto, esta novela, por muy hermosa que sea, no es pura imaginación ni una ficción total. Existió realmente el José de la historia, aunque los capítulos del génesis no son un reportaje. Hugo Gressmann explica que “la historia de José es algo más que una leyenda. Es un relato novelesco con fundamento histórico que ha ido evolucionando, que se fue elaborando artísticamente hasta llegar a su término más perfecto. Es esta perfección literaria tan destacada la que nos autoriza -según este autor- a calificar este relato bíblico como “novela histórica.”⁷

4. La historia de José como Palabra de Dios

A. Una teología para el Antiguo Testamento

Si la inclusión del relato de José en el ciclo de Jacob parece muy brusca por el cambio de estilo literario, no lo es menos en razón de las diferentes concepciones teológicas que se manejan. En efecto, el Dios de José y la teología de José son muy diferentes de las concepciones anteriores de los relatos patriarcales.

Del Dios que habla al Dios que se revela en la historia

En el relato de José no hay teofanías, ni altares, ni sacrificios. Dios no habla con José como con los patriarcas (Gn 12-36), que tienen trato directo con Dios o al menos disfrutaban de revelaciones directas de Dios. Salvo Gn 46, 1-27 que parece una inclusión.

“En la historia de José aparece un nuevo concepto típicamente sapiencial de la presencia de Dios y de su acción en la historia; Dios no interviene con gestos poderosos (ex machina); su obrar no puede separarse de la trama normal de la existencia y de las opciones humanas. Sólo para el que mira los acontecimientos con fe, el obrar divino es visible y descifrable. En definitiva, su presencia reside en el corazón humano. La historia, incluso individual, que a menudo se presenta como un amasijo de contradicciones y de amarguras, adquiere entonces una dimensión de esperanza y una lógica más profunda”

⁸ El actuar de Dios se sitúa en un plano profundamente oculto.

Esta dimensión se va haciendo explícita a medida que los propios personajes —sobre todo José y Jacob— la van descubriendo maravillados. En efecto en el último capítulo José habla de la promesa hecha a los patriarcas (Gn 50, 24). Con esto se entra en un mundo de nociones que originariamente fue ajeno a la narración. “La gran liberación que Yahvéh dispuso en Gn 45,7 apunta ahora a algo más que salvar del hambre a una familia: concierne al misterio por antonomasia del acontecimiento bíblico salvador.”⁹

6 Guibert, P., en Michaud R., *La historia de José*, Verbo divino, Estella, 1981, p. 91

7 Gressmann, H., en Michaud R., *La historia de José*, Verbo divino, Estella, 1981, p. 91

8 Ravasi, G., *Génesis en VVAA Personajes del Antiguo Testamento*, Verbo divino, Estella, 1998, p. 89

9 Von Rad, G., *El libro del Génesis*, Sígueme, Salamanca, 1977, p. 537

En José se da una clave de comprensión teológica que va a ser fundamental para la comprensión de toda la Biblia: La Historia de la Salvación es una Historia de historias, o mejor aún de biografías. La providencia de Dios guía a la persona sin anular su libertad precisamente por el hecho de actuar de modo tan discreto. Pero, al mismo tiempo, en esa biografía concreta y en la respuesta libre de ese personaje concreto se decide el desarrollo de toda la Historia de la Salvación.

Es el juego de Dios, quien de modo desconcertante, una y otra vez, pone el futuro y la supervivencia de todo su pueblo en manos de personajes débiles e insignificantes que jalonan la historia de Israel.

Carácter sapiencial, humanismo y universalidad

La historia de José tiene un marcado carácter sapiencial y quizá hubiera podido ser considerada como un relato sapiencial (al estilo de los libros de Ruth, Job o Jonás) de no haberse insertado en el relato de Jacob y de no haber sido reelaborada bajo la luz de la teología de la promesa. Señala von Rad que “podríamos acompañar todos los pasos de la conducta de José con citas de sentencias sapienciales, tanto en el terreno político como en su autodomínio o en su fe.”¹⁰ Porque efectivamente, la sabiduría bíblica no es erudición sino un conocimiento profundo de la existencia que se trasluce aún en los asuntos más profanos. La sabiduría de José le permite administrar la hacienda de Putifar, ponerse al frente de los presos en la cárcel, interpretar los sueños de Faraón y convertirse en eficaz visir de todo Egipto.

Pero esta sabiduría práctica no tiene como referente último la eficacia pues también se manifiesta en decisiones éticas; como hombre sabio José rechaza a la mujer de Putifar y sabe perdonar a sus hermanos. Podemos decir que es una sabiduría humanista porque no está referenciada tanto a un código ético sacralizado por una religión concreta como basada en un profundo conocimiento del ser humano. Verdaderamente el relato, tal y como nos ha llegado, muestra un gran conocimiento de la psicología humana; las pasiones que entran en juego son las pasiones humanas de todos los tiempos. Pero José, como hombre sabio no es impasible o frío. Muy al contrario su sabiduría lo hace más humano y no menos; intenta controlarse pero finalmente se conmueve y llora al ver a sus hermanos... de modo que su sabia decisión de perdonarlos no es fruto de un razonamiento sino manifestación de un corazón lleno de humanidad. Es la sabiduría del que sabe conducirse en la vida porque sabe qué es la vida. Es una sabiduría del corazón que apunta hacia el Dios creador del corazón humano y no hacia unos preceptos religiosos o culturales que mandan hacer unas cosas y prohíben hacer otras.

Hacia una universalidad de la ley de Dios

El Dios de los patriarcas no era un dios local, vinculado a un lugar concreto o a un fenómeno natural. Es el Dios del pueblo que lo va acompañando en sus andanzas. Cabe replantearse esta teología cuando el individuo, José, es separado de su pueblo y trasladado a un país extranjero. Cabe preguntarse no sólo hasta qué punto se sentía José acompañado o abandonado por su Dios, sino también hasta qué punto se considera obligado ante Él en un contexto extranjero.

¹⁰ Von Rad, G., *El libro del Génesis*, Sígueme, Salamanca, 1977, p. 534

La idea de que existiera un Dios que llamaba a los hombres a rendir cuentas por razones morales, era bastante rara en este mundo antiguo. Sin embargo era aún más impresionante en el caso de José, extraño en tierra extraña, desterrado de su pueblo. Conforme a la mentalidad pagana, José debía haber adorado a los dioses egipcios. A cada tierra sus propios dioses. Con todo, José vive según una ley moral vigente en Palestina, en Egipto y en todas partes: la ley de un Dios universal.

Merece la pena fijarse en el razonamiento ético de José cuando rechaza a la mujer de Putifar. Sería un pecado contra Dios acostarse con ella no tanto porque Dios lo haya prohibido, sino ante todo porque sería una gran traición a la confianza que Putifar ha depositado en José.

“Mira, mi amo Putifar ha puesto en mis manos todo lo suyo, no ejerce en casa más autoridad que yo y no se ha reservado nada sino a ti, que eres su mujer. ¿Cómo voy a cometer yo semejante crimen pecando contra Dios?” (Gn 39, 8-9)

El argumento no sería “Es un crimen contra Dios desobedecer a Dios” sino “Es un crimen contra Dios traicionar al hermano”.

De este modo el humanismo sapiencial de José nos revela una ley universal que es la Ley de Dios inscrita en el corazón del hombre. Esta Ley es la que luego se grabará en las tablas de piedra de la Alianza. No es algo externo al hombre o posterior al hombre y que podría variar de unos pueblos a otros según sus costumbres o religiones, sino algo ontológicamente consustancial al ser humano, algo que le fue concedido cuando fue creado a imagen de Dios y por lo que es imagen de Dios.

B. El Nuevo Testamento: José como figura de Cristo

Prefiguraciones, alegoría y tipologías.

El relato de José dio lugar a abundantes comentarios por parte de los llamados padres de la Iglesia; muchos de ellos se utilizaron para la enseñanza moral, pero vamos a destacar a continuación, sin embargo, los que suponen una interpretación alegórica de José como prefiguración de Cristo. Esta clave de interpretación bíblica es ya propuesta por el mismo Cristo entendiendo toda la escritura como referida a sí mismo. De forma explícita cita como imagen de sí mismo el episodio de la serpiente de bronce alzada en el desierto (Jn 3, 14), compara su cuerpo con el templo que sería reconstruido en tres días (Jn 2, 19), anuncia su muerte comparándola con los tres días que pasó Jonás dentro de la ballena (Mt 12, 40) o se compara a sí mismo con el maná (Jn 6, 49).

Hay otros pasajes donde el paralelismo entre los pasajes evangélicos y los veterotestamentarios no se hace explícito pero resulta evidente en su intención, como el encuentro con la samaritana en el pozo de Jacob (Jn 4, 12), que puede leerse en paralelo con el encuentro en el pozo entre Jacob y Raquel (Gn 29, 1-14)... cuando Jacob retira la piedra del pozo para que Raquel pueda sacar con gozo aguas de su fuente... lo que nos remite, de forma más simbólica al encuentro entre Cristo resucitado y la Magdalena ante el pozo del sepulcro, cuando esta se encuentra la piedra retirada y disparado ya el

surtidor que salta hasta la vida eterna (Jn 20, 11 - 18).

Este modo de leer la escritura es sancionado por el mismo Cristo cuando enseña a los discípulos de Emaús que Él mismo es la clave de interpretación de toda escritura (Lc 24, 27). Por eso los padres de los primeros siglos lo utilizan tan asiduamente que en algunas ocasiones nos parecerán algo forzadas sus prefiguraciones o tipologías. No será el caso de José, que verdaderamente se presenta con claridad como figura de Cristo en muchos aspectos de su historia.

Visión general del relato como prefiguración del evangelio.

Ante todo, José es el hombre justo que injustamente maltratado justifica a sus maltratadores. José es el hijo inocente de un pueblo pecador (ya hemos comentado todos los crímenes y fraudes que se suceden en la breve historia de Jacob y sus hijos como figura del pecado original). Y es ese hijo inocente sobre quien recae la maldad de su pueblo y, paradójicamente, quien libra a su pueblo de la maldad. Pues José no sólo libra del hambre a su familia sino que, mediante su perdón, logra el arrepentimiento de sus hermanos y después su sincera conversión.

Me parece importante subrayar que es el perdón de José lo que precede a la conversión de Judá. La justicia hubiese exigido el castigo en el primer encuentro, pero la visión de sus malvados hermanos suscita en José una conmoción de misericordia que lo lleva a las lágrimas y no a la ira.

Por eso puede sorprender la aparente dureza y el extraño juego a que son sometidos los hermanos. Estos ya han sido perdonados pero es necesario el purgatorio de los viajes, de Simeón tomado como rehén y de la trampa de la copa escondida para hacer aflorar en el corazón de Judá la conversión que le lleva a entregarse por Benjamín.

Esta visión general del paralelismo entre José y Cristo puede extraerse del prolijo estudio que hacen los padres deteniéndose en cada versículo del génesis y hallando en cada uno de ellos referencias a Cristo. Enumerarlas todas ellas resultaría excesivo, por lo que apuntamos las más significativas:

Algunos detalles significativos

Le habían entregado por envidia (Mt 27, 18)

La envidia de los hermanos hacia José es propuesta por los padres como figura de la envidia de los que entregaron a Cristo, es decir los judíos. "... También los judíos se irritaron conscientes de que el Emmanuel sería superior a los mismos patriarcas y que todo el pueblo debería adorarlo; es más, toda la tierra. Y sabedores de esto decían: 'Este es el heredero, vamos a matarlo y tomaremos posesión de la herencia.'"¹¹

También los **sueños** de José son interpretados en clave profética como referidos a Cristo, pues el sol, la luna y las estrellas no adoraron ciertamente a José. "En aquél José

¹¹ Cirilo de Alejandría *Inscripciones sobre el Pentateuco*, 6, 4. 19

esto no pudo cumplirse; pero en nuestro José, es decir en nuestro Señor Jesucristo, se cumplió el misterio de aquel sueño: el sol la luna y las estrellas lo adoraron después de la resurrección, y se cumplió la profecía que dice “Alabadlo sol y luna, alabadlo estrellas lucientes.”¹²

A propósito de la **túnica** especial que José vestía, Cesáreo de Arlés señala el paralelismo con la túnica inconsútil de Jesús, de la que es despojado por sus hermanos antes de venderlo... del mismo modo que Cristo es despojado antes de ser sacrificado. Llama también la atención cómo son sus hermanos los que entregan a José, “pero serán paganos, los ismaelitas los que ejecutan su decisión poniéndolo finalmente en manos de los egipcios. De la misma manera Cristo es entregado por sus hermanos israelitas en manos de los paganos romanos.”¹³

Fue contado entre los pecadores (Is 53, 12)

Todas estas circunstancias de la venta de José son vistas **a la luz de la pasión**: desde el precio pagado por él (veinte monedas de oro en vez de las treinta de plata que Judas cobró por Cristo) “hasta la sangre derramada sobre la túnica que, como en el caso de Isaac, no fue la humana sino la de un cabrito. Cristo sí derramaría su sangre por rescatar a sus hermanos del crimen de haberlo vendido, pues la sangre del cabrito no fue eficaz ni para consolar al padre (Jacob) ni para justificar a sus hermanos.”¹⁴

José es enterrado en el aljibe del desierto para después bajar a los infiernos, es decir a las mazmorras de Egipto. En efecto, tras el episodio de Putifar fue contado entre los pecadores, es decir entre los delincuentes que estaban en prisión. A continuación se dice que José llegó a ser jefe de la prisión y “en sus manos fueron puestas todas sus llaves. Pues también los infiernos se sometieron a Cristo cuando descendió a ellos y las puertas del abismo no prevalecieron sobre el plan divino.”¹⁵

Dios lo exaltó para que a su nombre toda rodilla se doble (Flp 2, 9-10)

Después de su pasión, José va a ser exaltado; su salida de la cárcel –un pozo si atendemos a las pistas que dan algunas traducciones– es figura de la resurrección y glorificación de Cristo: vestido de lino, con un anillo y los **símbolos de la realeza** José podrá hacer en el reino de Egipto según su parecer, hasta el punto de ser el **dispensador de toda gracia** y todo bien para una humanidad hambrienta. “Así pues Cristo abrió sus graneros y vendió, no por oro ni plata, pero cobraba el precio de la fe y del amor. Y vendía, no a unos pocos en Judea, sino a todos, para que fuera aceptada la fe en todas las naciones (...) Pues el que pagó por nosotros el precio de su sangre no nos pide que le paguemos, porque no nos redimió con oro o plata, sino con el precio de su sangre.”¹⁶

Sus ojos no eran capaces de reconocerlo (Lc 24, 17)

12 Cesáreo de Arlés Sermón 89, 4. 14

13 Cesáreo de Arlés Sermón 93, 3. 11

14 Sheridan, M., **La Biblia comentada por los padres de la Iglesia**, AT, 2, Ciudad Nueva, Madrid, 2005, pp. 327-334

15 Quodvultdeo Libro de las promesas y predicciones de Dios, 1, 28, 40. 14

16 Ambrosio, *Sobre José*, 7, 41. 6